

El clamor de los que sufren

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario. Ciclo C.

Lc 17,11-19

Para inculcarles que hace falta orar siempre sin cansarse, les contó una parábola: «Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en la misma ciudad una viuda que acudía a él para decirle: ¿Hazme justicia contra mi rival?. Por un tiempo se negó, pero más tarde se dijo: ¿Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, así no seguirá molestándome?». El Señor añadió: «Fíjense en lo que dice el juez injusto. Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos si claman a él día y noche? ¿Los hará esperar? Les digo que inmediatamente les hará justicia. Sólo que, cuando llegue el Hijo del Hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra?».

MEDITACIÓN:

La parábola de la viuda y el juez sin escrúpulos es, como tantos otros, un relato abierto que puede suscitar en los oyentes diferentes resonancias. Según Lucas, es una llamada a orar sin desanimarse, pero es también una invitación a confiar en que Dios hará justicia a quienes les gritan día y noche. ¿Qué resonancia puede tener hoy en nosotros este relato dramático que nos recuerda a tantas víctimas abandonadas injustamente a su suerte?

En la tradición bíblica la viuda es símbolo por excelencia de la persona que vive sola y desamparada; esta mujer no tiene marido ni hijos que la defiendan, no cuenta con apoyos ni recomendaciones, sólo tiene adversarios que abusan de ella y un juez sin religión ni conciencia al que no le importa el sufrimiento de nadie.

Lo que pide la mujer al juez no es un capricho, está reclamando justicia. Esta es su protesta repetida con firmeza ante el juez:

«Hazme justicia». Su petición es la de todos los oprimidos injustamente, un grito que está en la línea de lo que decía Jesús a los suyos: «Busquen el reino de Dios y su justicia».

Es cierto que Dios tiene la última palabra y hará justicia a quienes les gritan día y noche. Esta es la esperanza que ha encendido en nosotros Cristo, resucitado por el Padre de una muerte injusta. Pero, mientras llega esa hora, el clamor de quienes viven gritando sin que nadie escuche su grito, no cesa.

Para una gran mayoría de la humanidad la vida es una interminable noche de espera. Las religiones predicán salvación; el cristianismo proclama la victoria del amor de Dios encarnado en Jesús crucificado, mientras tanto, millones de seres humanos sólo experimentan la dureza de sus hermanos y el silencio de Dios. Y, muchas veces, somos los mismos creyentes quienes ocultamos su rostro de Padre velándolo con nuestro egoísmo religioso.

¿Por qué nuestra comunicación con Dios no nos hace escuchar por fin el clamor de los que sufren injustamente y nos gritan de mil formas: «Hágannos justicia»? Si, al orar, nos encontramos de verdad con Dios, ¿cómo no somos capaces de escuchar con más fuerza las exigencias de justicia que llegan hasta su corazón de Padre?

La parábola nos interpela a todos los creyentes. ¿Seguiremos alimentando nuestras devociones privadas olvidando a quienes viven sufriendo? ¿Continuaremos orando a Dios para ponerlo al servicio de nuestros intereses, sin que nos importen mucho las injusticias que hay en el mundo? ¿Y si orar fuese precisamente olvidarnos de nosotros y buscar con Dios un mundo más justo para todos?